

## Mujeres en la historia de la ciudad de Veracruz. Primera mitad del siglo XX\*

---

“La historia la hacen los hombres”, parecería ser un subtexto que fluye bajo las líneas de este libro que recorre la primera mitad del siglo XX en Veracruz, y está escrito para contar otra historia, o mejor, otras historias, porque “La historia la hacen las mujeres”, confirman palabra a palabra dos Maroño en la lectura que hacen de otras mujeres que también son historia.

La historia de una ciudad, de una región, de un puerto. La historia de una cultura que se alimenta con lo que ocurre allende las fronteras. Historia de una defensa heroica, de la legitimación de valores, de valentía, de iniciativas; historia hecha de reclamos, de cambios, de modas, de principios, de luchas.

No quisiera situarme en el medio de la guerra entre dos géneros, prefiero reconocer la gloriosa dicha de la diversidad que enriquece y permite ejercer el gusto. Procuero alejarme de los pensamientos binarios para no caer en un sistema de pensamiento reduccionista en el que quien no está conmigo se convierten en mi ene-

migo. “Ni con melón, ni con sandía cuando lo sabroso es disfrutar la frutería”, solía decirnos el dramaturgo Enrique Mijares. Lejos pues mi posición del tristemente célebre Club de Tobi, recuerdo añejo de una edad en que las niñas y los niños pelean y reclaman territorios de exclusión. Espero mantener la altura de miras allá en el horizonte donde la tierra es tan vasta como para permitir la feliz convivencia de la diversidad.

Por esa misma diversidad celebro esta investigación que recupera, a cuatro manos, la mirada y los logros de muchas mujeres a quienes la historia escrita por los hombres no parece haber hecho justicia.

Me toca reconocer, como miembro del género masculino, que no sólo la historia sino esta lengua española mexicana que hoy hablamos es muchas veces machista; reconocer que existe el genio y no la “genia”, que muchos oficios y adjetivos los impusieron ellos y no ellas. Saber también que el discurso, el mérito, el rumbo, el sol... son todos masculinos; mientras que la luna, la historia, la filosofía y la risa... son todas femeninas. Saber con ustedes que para otros casos es inútil el pleito, pues presidente, amante y cantante no tienen problemas de género, se acoplan sin esfuerzo al artículo que

\* Adriana Gil Maroño y María Luisa González Maroño, *Mujeres en la historia de la ciudad de Veracruz. Primera mitad del siglo XX*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2015, 334 pp.

les define. El hombre y la hembra, la mujer y el mujero, la lengua y el lenguaje... que pasen en pareja al baile.

Los asuntos de género son un problema de mayor calado y que lleva consigo años de organización social, de sistemas de reparto del trabajo, de modelos de vida y reproducción, de modos de dominación, validados y legitimados en la esfera espiritual, política, jurídica y familiar, entre otras. Los asuntos de género están en proceso, se actualizan, y como todo lo temporal, son susceptibles de cambio. Dicho lo cual celebro con mis pares, las mujeres aquí presentes, la creación de una historia que es historia de la humanidad en su hermosa diversidad.

Destaco en el presente libro la armoniosa convivencia de las palabras con las imágenes. La obra nos permite ver ése otro Veracruz de la primera mitad del XX, uno que en mi memoria se agiganta cuando vuelo a través del blanco y negro a un Villa del Mar libre, limpio y natural, a un espacio de baile, a un bulevar con una arquitectura sobria y elegante, donde todas las palmeras se miran sanas. Me lleva a pensar, por contraste, en este Veracruz donde hoy mismo las grúas gigantes trabajan el gran lote de lo que fuera un único hotel Villa del Mar, territorio socavado que seguramente albergará una plaza o una cadena de tiendas tan iguales y homogéneas como las de cualquier otra ciudad sin identidad.

Vuelvo empero al blanco y negro de la fotografía que me ilumina de gozo, me hace disfrutar un tiempo histórico no tan lejano, una centuria apenas en el devenir del puerto, y ya el aviso del vertiginoso cambio hacia esta era donde la prisa es el signo de una caducidad acelerada.

Me quedo encantado por esas mujeres visionarias y valientes de los años veinte, las que se atrevieron a vestir distinto, a ser más libres, a jugar otros deportes, a reclamar un rol más activo, a luchar por sus derechos en un mundo donde su lugar estaba confinado al hogar.

Ellas tuvieron que esperar hasta el inicio de la segunda mitad del XX, al año 53, para poder ejercer, a través del voto, ciudadanía. Sin embargo, lustros atrás, su mirada estaba puesta muy adelante, pues la libertad de espíritu, la astucia de pensamiento, el contacto con los libros y el ejercicio de su liderazgo las colocaba en una posición que rebasaba los estrechos límites de los roles tradicionalmente asignados. En las sonrisas, en las miradas, en la manera de posar para las fotos, en los disfraces del carnaval, en los deportes y en los bailes, en la lucha armada y en la defensa del puerto invadido, ya se vislumbra ese otro horizonte que trasgrede la estrechez de límites.

Al definir a las “Jarochoas flappers”, escriben las Maroño: “Mujeres de cabellos cortos. A veces melenitas rizadas con rulos y otras en cortes lacios,

con aire varonil a la ‘*garçonee*’, que en ocasiones se cubrían con sombreros tipo campana. Labios rojos en forma de corazón sobre maquillajes pálidos y cejas delgadas y delineadas. Vestidos con escote y a la altura de la pantorrilla que sueltos y ligeros aleteaban con el viento” (p. 109).

Y aclaran las autoras en un pie de página: “[...] el término *flapper* viene del anglicismo *flapped* (‘aleteo’) en referencia al movimiento de los nuevos vestidos cortos y ligeros”. (p. 109).

Pero yo que las miro caminar en blanco y negro, bailar, ser reinas en el carnaval de la vida, sirenas porteñas, espíritus libres y —en secreto— dueñas de su cuerpo, yo que las miro ahora en mi representación de un tiempo flotar por los años con su andar ondulatorio, sé que la risa como la brisa viene del mar, sé que en el origen la vida es líquida, como los sueños y las gestaciones, como los ríos que desembocan, como los besos, y sé, como ustedes, que el amor nace apenas con un aleteo.

Bienvenidas sean estas mujeres en la historia de la ciudad de Veracruz, esta historia de mujeres, esta historia o mejor historias contadas por mujeres, para ellas y para ellos, para todas las miradas que invitan a ser tan diversas como incluyentes.

*Daniel Domínguez Cuenca*  
Reflexionario Mocambo,  
USBI Veracruz,  
Universidad Veracruzana

\*\*\*

Celebro la pertinente aparición de *Mujeres en la historia de la ciudad de Veracruz. Primera mitad del siglo XX*, de Adriana Gil Maroño y María Luisa González Maroño. Y es que contar o escribir la historia de nuestro país, de nuestra ciudad, de nuestro cuerpo, debiera ser, desde mi punto de vista, un verdadero acto de pertinencia.

Mucho tiene que contarnos este documento. Podría, por mencionar algo, ayudarnos a visualizar el devenir de la mujer en la historia del puerto y hacernos descubrir aquellos otros campos, además del hogar, en los cuales fueron poco a poco incursionando; también nos invita a la reflexión y al reconocimiento de los ecos o huellas de aquellos tiempos en nuestra vida actual, volviéndolo entonces no sólo un texto pertinente sino también necesario en nuestros días.

¿Qué memorias y qué historias nos invita a conocer? Las de aquellas mujeres que lucharon por sus derechos civiles y políticos. Las que en medio de guerras, persecuciones, privaciones de libertad, asesinatos, injusticias, se dieron a la tarea de construir nuevas imágenes sobre sí mismas, de encontrar nuevos espacios para decir y, en la medida de lo posible, modificar su entorno. Y éstas son para mí acciones pertinentes de recordar y reconocer por hombres y mujeres de hoy en nuestro país, en nuestra ciudad.

Celebro entonces que este documento, en palabras de las autoras busque “rescatar del olvido historiográfico, las prácticas y representaciones de mujeres en la ciudad de Veracruz, aquellas que con sus acciones coadyuvaron a la conquista del espacio público durante la primera mitad del siglo pasado” (p. 13).

Y es que, en nuestro días, los actos que desde la investigación científica y artística se puedan construir contra el olvido de la historia y sus actores, son aportes necesarios para ayudarnos a entender nuestro tiempo, para vivirlo y en caso necesario poder intervenirlo.

Las historias que Gil Maroño y González Maroño nos invitan a leer surgen a finales del siglo XIX y a principios del siglo XX en una ciudad de Veracruz “feroz y vulnerable, alegre y doliente, vibrante y agonizante”(p. 13 ), que, sin embargo, fue caldo de cultivo para la generación de una nueva identidad femenina que colocó poco a poco a las mujeres como protagonistas de algunas historias del puerto. Son historias sobre el valor, la toma de decisiones, el poder de la educación, el trabajo en colectivo, la unión; historias que ante nuestro Veracruz de hoy, a veces también “alegre y doliente”, nos hace mucha falta escuchar.

La recuperación, estudio y análisis de los diversos archivos bibliográficos, hemerográficos y fotográficos permiten leer y comprender desde diversos enfoques el imaginario en torno a la

mujer de aquellos años. Noticias, fotografías familiares, caricaturas publicadas en la prensa local, publicidad, reseñas, documentos personales, son algunos de los documentos desde los cuales imaginamos la ciudad de aquel tiempo y sus pobladores y que nos permiten reconocer los ámbitos en los cuales aquellas mujeres se abrían paso: la política, el arte, la medicina, la historia; en algunos casos ante la mirada incrédula y desaprobativa de muchos, pero en otros, con el aliento y apoyo de algunos cuantos.

Existe en esta obra una estrecha y conmovedora relación entre la palabra y la imagen. Los datos y reflexiones aportadas a partir de la palabra escrita se unen a las imágenes fotográficas que comprenden algunos momentos de aquellos primeros cincuenta años del siglo XX en la ciudad y puerto de Veracruz. Otorgándonos la posibilidad de reconstruir imaginariamente escenarios, personajes, situaciones, e incluso para quienes somos originarios de este puerto, nos invita también a recuperar una memoria o historia lejana tal vez escuchada por nuestros abuelos o bisabuelos.

Pero textos e imágenes revelan no sólo los hábitos, costumbres de la época y los espacios más significativos donde las mujeres vivían su cotidianidad. El libro nos lleva a repensar el cuerpo de la mujer, como espacio físico y simbólico donde se manifiesta la historia. El cuerpo de las mujeres y

sus transformaciones expresadas a través de la moda, costumbres, tradiciones, actitudes, movimientos, resultan evidencias de su diario acontecer: de las libertades ganadas, de los temores, de los ideales, de las influencias que en aquel tiempo les hicieron imaginarse y construirse de una manera distinta. La altura de una falda o un vestido, el corte de cabello, el rojo carmín en los labios, su entrada a espacios destinados únicamente a los hombres, o la simple sonrisa franca, directa y que sin temor posa ante el ojo de la cámara fotográfica, devienen en signos que revelan el pensamiento de las mujeres en las primeras cinco décadas del siglo XX.

Fue en el día a día, en la historia de la ciudad, que descubrieron nuevos sentidos a su existencia. Mujeres de diversos estratos, logran resignificarse como integrantes de una comunidad, como agentes de cambio. Al resignificar su cuerpo y su estar en el mundo, también lo hicieron con el espacio público y privado. La ciudad ahora era un escenario de intervención. A ésta no sólo la ocuparon, la transformaron. Encontraron la posibilidad de descubrir y en algunas ocasiones reconstruir el puerto al ritmo que les marcaban los acontecimientos políticos y sociales del momento.

El hogar dejó de ser entonces el único espacio para habitar. La calle incluso, para algunas, dejó de ser un lugar exclusivo para la recreación o el paseo. La calle ahora también se recorría a través de huelgas, manifestacio-

nes y estallidos de balas. Generaban entonces con su presencia y su actuar nuevas imágenes de sí mismas: *heroínas*, *cristeras*, *sufragistas*, entre otras. Fueron mujeres que atentas a su entorno fueron capaces de cuestionar su condición y lugar en el mundo e ir definiendo nuevos quehaceres, haciendo propio con el paso del tiempo el hasta ese entonces ajeno mundo masculino.

Sobre los espacios físicos tuvieron la oportunidad de construir o albergar nuevos universos. De modificarlos de acuerdo a su propio sentir y pensar. Así, por ejemplo, nos cuentan las autoras, durante la intervención estadounidense de 1914 una escuela se convierte en hospital y durante la persecución cristera algunas casas fueron “centros” clandestinos en los cuales fue posible celebrar cultos por parte de las religiosas josefinas. El penal de Allende, convertido en un verdadero salón social, fue la primera cárcel mexicana donde se pudo organizar un “baile rojo”, “[...] que organizado por [María Luisa] Marín y [Herón] Proal se efectuó en el Departamento de Mujeres, con objeto de expresar solidaridad con el movimiento comunista internacional. De acuerdo con Andrew Wood, las celdas fueron decoradas con banderas rojas y fotografías de líderes de la revolución rusa, y hubo bailes y cantos de ‘himnos comunistas’ como la Internacional” (p. 180).

Las autoras incluyen en sus textos varias preguntas, inquietudes genui-

nas por comprender y evidenciar la sociedad de aquel tiempo. A lo largo del texto se van tejiendo las repuestas y al mismo tiempo se va dibujando un panorama de aquellos primeros cincuenta años del siglo XX en varios de sus aspectos: político, religioso, económico y artístico. Dos palabras resuenan en mi mente al terminar de leerlo: ciudad y mujer. Como dos espacios donde anida la historia. Dos relatos. Dos textos susceptibles de lecturas e interpretaciones.

Por ello me parece muy afortunada la edición de este volumen que nos muestra la historia de las mujeres a través de la historia de la ciudad, o la historia de la ciudad a través de la

historia de las mujeres, como queramos leerlo, como dos ríos que corren juntos y que van a dar al mismo mar. Dos relatos que nos invitan a observar los vertiginosos cambios de la historia y que nos llevan a cuestionarnos sobre el papel que como ciudadanos estamos jugando. De ahí mi deseo y anhelo de que este libro se convierta, para nosotros los lectores, en un espacio de reflexión y de comunicación entre hombres y mujeres, un puente imaginario entre el pasado y el presente de nuestra ciudad.

*Tania Hernández Solís*  
Facultad de Danza,  
Universidad Veracruzana